

Plano americano

Leila Guerriero

ANAGRAMA: BARCELONA, 2018

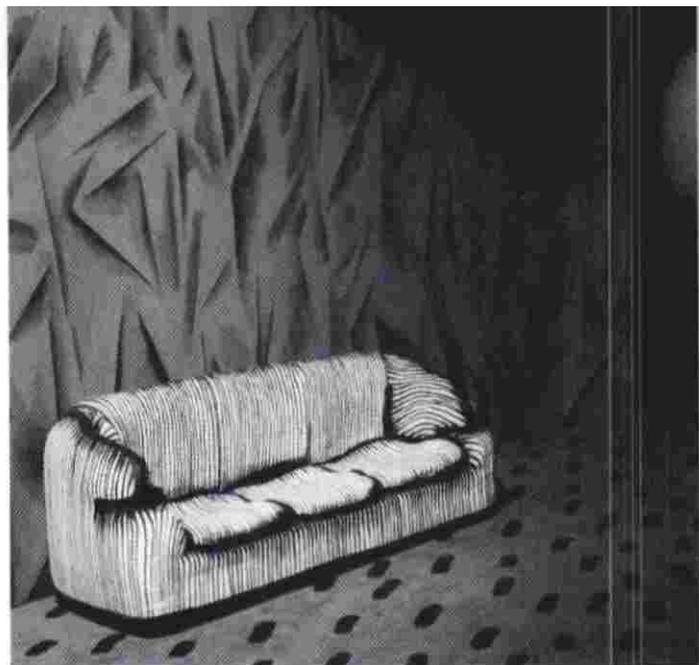
568 PÁGS.

Fragmentos de vida

Por Ricardo Martínez Llorca

A diferencia de la novela, en la obra periodística es mejor no haber llegado a conclusiones. La obra está en marcha, no es un coto vedado, no supone que el ego del autor, a través del narrador —sea omnisciente o sea del calado del personaje que nos habla en *La caída*, de Camus—, se vacíe. El ego nos importa bastante poco y eso quiere decir que no hay final. O de haberlo es un final abierto. Incluso aunque termine con la muerte, queda un legado a merced del lector. Un mundo que bascula entre la epifanía y el abismo, dirá la propia Leila Guerriero (Junín, 1967) sobre una de las personas con las que se encuentra. Un mundo «donde se puede ir a la cancha y escribir poemas y cenar felices y, después, querer morir a mediodía». Casi certifica, como norma o como espíritu del género literario que practica en este *Plano americano*, el perfil. Y si decimos que casi lo certifica es porque, tras la diatriba, ese capítulo se cierra con una confesión de que no es posible, ni deseable, encontrar respuestas a las preguntas. De hecho, ni siquiera queda claro que se haya hecho otras preguntas que no sean las existenciales: quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos. De ahí ese broche: «Eso, a grandes rasgos». Pero los grandes rasgos son, en manos de Leila Guerriero, los detalles.

No ha llegado a conclusiones, ni lo pretende. A lo que más se arrima es a la realidad. El perfil está fragmentado. Las crónicas periodísticas suelen venir en un envase casi cerrado, en una narración redonda. Pero si el periodismo es un género literario que refleja la vida, el fragmento es la fórmula que mejor la compone, o que mejor la descompone. Es el fragmento lo que le permite acercarnos a las personas a grandes rasgos. Cada fragmento es un detalle: una respuesta al teléfono, un cuadro solitario en la pared, las horas y el paso de las horas. Sobre todo, el paso de las horas. Las obras de Leila Gue-



riero contienen la maldición del tiempo, esa materia de la que estamos hechos: la gente nace, se acostumbra a vivir y muere. Hay una pieza inédita, larga, sobre Roberto Arlt, en la que leemos, tan bien como en las cuidadísimas crónicas preparadas para ser leídas, cómo la obra está haciéndose. Si Leila Guerriero tuviera que volver a recorrer los mismos caminos, a leer las mismas lecturas para volver a escribir el perfil del enigmático escritor argentino, cada frase sería distinta. Guerriero tiene una facilidad asombrosa para escribir. Todo fluye, la tensión surge con una naturalidad atractiva y las metáforas son tan genuinas como sorprendentes, es decir, sólo cabe que sean esas. No hay mejor descripción, pero seguro que no le cuesta deshacerse de sus hallazgos literarios, entendiendo la literatura por la distancia corta, en función de los cambios que impone la obra en marcha. La confianza con la que aparentemente escribe, fruto de muchas lecturas y mucha observación, de la curiosidad y el hígado, volverá a nacer con los cambios.

Guerriero es, tal vez, la mejor periodista de América Latina, al menos la mejor a la hora de hallar la otra historia. En lugar de retratar a Onetti, retrata a su mujer y a su amante, gracias a quienes pudo vivir sin levantarse de la cama o despojarse de su vehemencia a través de los celos. No es corresponsal de guerra, si la guerra es sólo el conflicto armado. Porque como sufrientes de guerra trata a los seres sorprendidos en crisis económicas, por ejemplo. Lo cotidiano es una batalla dentro de la cual es capaz de trazar un arco de belleza, que nos deja con la boca abierta, antes de seguir narrando la lucha por vivir, por el oficio de vivir; que diría Pavese, ese mito que se cae en una de sus crónicas. Pues los mitos son también retratados como seres humanos. En ese sentido, se podría hablar hasta del teatro griego, para remontarnos en las influencias de esta escritora. De esta enorme escritora.